

## *El paseo* *Cuento<sup>1</sup>*

**H**ice un paseo por La Habana; estoy hablando como escritor, y quisiera explicar por qué no meto en esto a mis personajes: mi relato está lleno de apreciaciones muy propias; ninguno de mis queridos engendros estaría de acuerdo con lo que digo ahora.

La cosa empezó por un malentendido, provocado o no; en la biblioteca donde estaba realizando un trabajo temporario, Juana me dió un dato, del que deduje como consecuencia que León, —debo decir que todos trabajamos en la misma biblioteca, aunque ellos eran de acá y bibliotecarios permanentes— no estaría en un determinado lugar en otra parte de la ciudad, en el momento deseado; no quiero decir que dudé de Juana y que ella fuese culpable, tampoco que fuese conveniente para León estar ahí en el momento deseado, al fin de cuentas, ¿deseado por quién?; o si realmente el dato conduciría a que sucediese eso; por último, llegado el momento León podría tomar la decisión que más le conviniese; es posible que yo estuviese echando todo a perder con mi manera de ver las cosas, pero entre las estanterías de los libros se cuelan tantos duendes. Eso: para salvar a León, me decidí a hacer el paseo que no era propiamente un paseo sino la búsqueda de la salvación de León; no interesa que lo conocía hacía poco, lo apreciaba ya y estaba dispuesto a hacer lo necesario para salvarlo.

Salí a pie, partiendo de la casa en la calle 22 esquina a Avenida Primera, donde estuve alojado durante los meses necesario para realizar el trabajo, en Miramar, ese barrio eglógico de la ciudad; me gusta caminar y por ello, aunque la distancia era desusadamente larga, supe que podría llegar a tiempo; subí hasta las Alturas de Miramar en un jardín perenne, tranquilo encargadas por la burguesía de antaño, gente que ya no vive ahí; residencias veraniegas o de fin de semana donde vivían en contemplación de sus tranquilidades aparentes acompañados de sus mujeres, esposas e hijas de buena familia, pañeros, dueños de centrales azucareros, los jardines privados atendidos por negros que parecen libertos, las casas amplias, todas en estilos prolijos, bien diseñados, igual si son de gusto o no, de conocimientos arquitectónicos o de visiones delirantes de arquitectos con

pretensiones al servicio de futuros condes ultramarinos, de aquéllos que mandaban todos sus antecedentes y esperaban hasta tres años los blasones. .

Casas con imaginiería en su planta, tan difícil de entender sin entrar en ellas pero verdadero deleite de quien sufrirá siempre revisando viejos libros de imágenes, detective de detalles, de mínimas modificaciones en la proporción de pasillos o equilibrio de rectángulos, cuidando la representación de planta de un espacio tridimensional voluble según los puntos de vista, demasiado a veces para entendimiento de sus actuales inquilinos o vecinos; rodeaba a esas mansiones —algunas ya bastante arruinadas—, el aura o la pátina de una historia aún no bien enfocada pero que no podía sacudirse con el olvido o el polvo cultural; no habían llegado al entendimiento para desplegar energías e imaginaciones; las había en pocos casos abocetadas, no cinceladas aún, introduciendo tímidamente remedos de otras convenciones o arriesgándose en un salto buñuelesco a la escenografía del desafuero; pensaba yo que esta historia se podría enfocar con el lente de un aparato video en el sentido de *ver*, no en el literario de *imaginar*; no puedo explicarme mejor, es la necesidad de ver la que importa, de ver realmente qué pasó. Pero siendo europeo, buscaba aquí, como Humboldt, mis propias manifestaciones culturales.

Llegué pronto a la calle 41, después de la égloga; al ruido, al tráfico humoso, a la espera de la guagua (bus) con ritmo de tango o sea, que no llega, a la ansiedad; y eso se potencia por la 28, y después en la 47 que baja hasta el Puente Almendares; cuando se cruza este en vehículo para ir para el centro no sé lo ve: es una acertada obra de ingeniería, un pedazo de esta ciudad pensado a escala urbana europea; fue pensado hace un siglo; ¿pasaban por ahí las volantas con dignidad?; ¿cuántos puestos de vendedoras mínimas y desharrapadas estaban apoyadas en sus cajones de frutas, rápidamente madurantes, exquisitas ahora, podridas después de dos horas?; restos frutales que se tiraban al río, sufriendo pérdidas sus débiles vendedoras, para ir a aumentar el montón de desperdicios que, río abajo, se volcaba en el mar. Hoy la velocidad de tráfico, el rostro ceñudo y un poco suicida de los ciclistas bajando la calle para entrar al puente hacen imposible imaginarse a las negras empobrecidas ofreciendo papayas a señoritas blancas, soñadoras.

Es muy largo el puente, cruza una vía de rápida circulación y después el río; aguas abajo, a la izquierda, se tiene el escenario de los farallones de las escritoras de principios de siglo y que hoy han perdido su misterio a la Mark Twain por estar llenos de edificios funcionales; vaya a saber si aún se paren ahí hijos ilegítimos o se esconden delincuentes. Al cruzar el puente estoy en Playa, un nombre como cualquier otro; podría estar en Bruselas o Barcelona. ¿Alguna mujer habrá mirado otrora los jardines de las mansiones linderas, modelando en su fantasía la imagen del príncipe azul; ¿habrá habido en las avenidas generosas un tráfico intenso de legendarios automóviles conducidos por corredores de bol-

sa y comercio en busca de la casona de algún verdadero conde arruinado para comprarla a bue precio, o visitando familias de difuntos con falsos testamentos bien pagados a beneficio de parientes ávidos de fortuna?; ¿amanuenses alquilando taxis para asistir a la reunión de grandes en alguna residencia engalanada con jardines afrancesados, con la esperanza de alcanzar algún puesto mejor haciendo las correspondientes genuflexiones? Muchas de esas posibles están escritas en la arrogancia de las construcciones.

Pero ahí no estaba sufriendo la tranquilidad de León; no era el lugar deseado; yo sabía que el peligro estaba en otra parte; más allá, más atrás en la historia, más aún. La calle 25 es tranquila, sube un poco, todavía llena de un verdor engolado y, muy corta, se topa con el borde del Cementerio Colón; entré por su avenida central, esa abertura invitante en la larguísima muralla blanca; caminaba sin prisa por la avenida tranquila, noble y arbolada y hablé con una anciana que buscaba su mausoleo mientras seguía luchando por la supervivencia de lo que había aún; miré y admiré todos los mausoleos blancos, limpios y de familias de pro; se extendía mi vista en un horizonte de destellos al son mañanero, en un reflejo de vitalidad luminosa, de pureza formal, de alegría; llegué al centro de las avenidas, allí, donde majestuosa y de mal gusto se yergue la gran iglesia octogonal; sus ventanas estaban abiertas y se oía un coro canta aleluyas; no me detuve, dejé que el canto popular, algo desafinado pero antifónico me despidiera en mi viaje hacia al final de la avenida, sin distinguir entre las voces la de León; al lado del portón, un guardia canoso estaba sentado en una silla y leía el Gmra; no era León, pero León pudo haber pensado algún en el guardia.

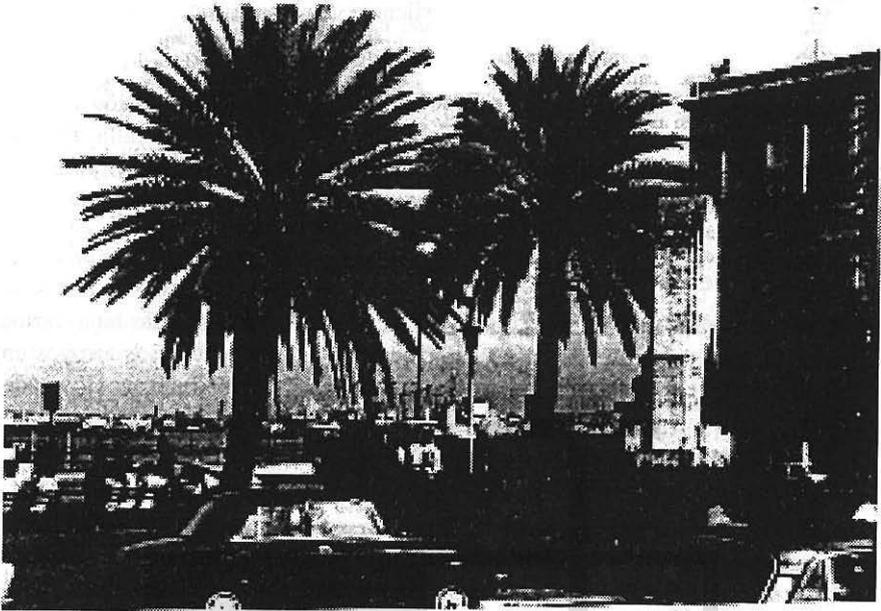
Salí a la calle 35, y aparecí en el mundo del olvido, a espaldas del sueño decimonónico de grandeza urbana, sólo unas construcciones económicas, viviendas en varios pisos, rodeadas de magros espacios llenos de malezas, criales o basurales, con niños jugando un poco aburridos; en una esquina en medio de un césped nunca recortado encontré una estela de Martí con alguna de sus frases aparentemente ingenuas; no supe bien cómo seguir y pregunté a una mamá mulata cómo llegar a Plaza de la Revolución (tenía un plano, sabía por dónde iba en el plano, capacidad abstracta del individuo letrado pero no en la realidad); la mamá juntó a sus retoras, “todo derecho por esa”, me dijo, ordenó a sus retoños entrar a la casa, le sonreí me di cuenta que era la misma 35 por donde venía; llegué a Paseo, lo crucé y la calle 35 se curvó, se hizo clandestina, insignificante, en medio de tanta amplitud, de tanta dignidad y monumento; dudé, pasear es agradable y permanente duda y elección, pregunté a dos policías que arreglaban su auto de patrulla: “no sé”, —“pero ¿no son policías ustedes?”— “sí, pero La Habana es grande; pregunte allá” y me señaló a una mujer que estaba en el solar de enfrente; le pregunté a la mujer y me dijo que era la 35; esta maldita y simpática callecita, rodeada de solares, seguía y pasaba a convertirse en un parque íntimo donde posiblemente jamás llegaría un turista, detrás del Castillo del Príncipe, del cual veía las enormes murallas: en una minúscula

ventana estaba León y me hacía señas muy discretas; no hablaba pero entendí por el movimiento de sus labios "sigue tranquilo, vas bien, yo estoy bien". El parquecito platórico de niños que juegan; alguien había tomado un trozo del terreno público en medio del parque; yo hubiera hecho igual; tener un bohío para despertar todos los días viendo el Castillo del Príncipe.

Entonces, al terminar el parquecito y cruzar la calle, me golpeó la mesa de la sala polivalente, esa construcción necesaria a la dimensión representativa de la gran plaza; con el fondo del imponente monumento a Martí, megalítico monumento a ese hombre tan hermoso y sencillo; la sala polivalente, edificación de papel y trivialidad, histórica, muda, llena de vacío, lugar para colgar carteles de propaganda de los sandwiches McDonald; arquitectura de lo efímero, de la competencia por la nada; para dar marco al deporte sacrosanto de vociferar nombres de deportistas vencedores en competencias olvidables; me pareció ver a León, espíandome detrás de una mata, sonriendo indulgentemente por mi ira de intelectual germánico.

Salí a calle de 9 de mayo; en la esquina a la calle Almendares una muchumbre esperaba su turno para comprar ron; llegué a la avenida Ayestarán, y recibí una bofetada de infernal ruido y acre humo producidos por motores asmáticos; bajé hasta doblar a la derecha la calle Desagüe; entré a Centro Habana. La calle formaba una depresión profunda en el centro de su recorrido, era un pavimento moderno sobre la correntada prediluviana hacia la bahía; era museal, el mito callejero olvidado; me recordaba una calle en Madrid, cercana a la Gran Vía, con casas vetustas, cuyas plantas bajas están ocupadas por tiendas minúsculas, rincones para mercar y laborar de afanadas artesanos, seres hoscos y responsables, capaces de apreciar el valor de una peseta (que teóricamente no valía nada); creí que León se detenía a mi lado, me golpeaba delicadamente el codo y me decía moviendo los labios, sin hablar: "aquí todo el mundo dejó de esperar o de creer". Me di vuelta y ya había desaparecido.

Presentí que aumentaba el peligro para León; él lo sabía, había cambio de acto; ahora no podía dejar de estar atento por la seguridad de León, por su sinceridad. Era un escenario sin entrada ni salida, veía toda la calle en su inmovilidad, llenísima de gentes cuyo papeles estaban jugados en la inmovilidad; en otra parte se estaba escribiendo el texto del nuevo acto. Y por eso podía peligrar León. ¿Era ese el lugar deseado? Y otra pregunta: ¿no debía quizá también llegar en el tiempo justo, ni antes ni después? Pienso si ya ha llegado el momento de empezar a salvar a León. Algunos soñaban, los más jóvenes pedían dólares; un negro bello, alto y triste escuchaba su tremenda música africana, fuertísima, saliendo de un atronador transistor, con una cabellera enorme recubierta de una gruesa red color azafrán; nunca creyó ni creará que debe trabajar.



Mi ruta me llevó hasta la avenida Belascoaín; caminé por ésta un corto tramo, luego busqué un poco entre la red urbana y encontré una calle insignificante, División, subí por ella hasta la Maloja, y de allí derecho hasta la calzada Máximo Gómez, que todo el mundo llama Monte; todo ese tramo, desde Desagüe hasta Monte, lo construyeron los españoles del siglo pasado a su absoluta imagen y semejanza cual ciclopes ceñudos; vi y no podía decir por qué no estaba en alguna parte de Madrid, o Barcelona o Córdoba, todo mezclado daba eso, estos barrios caribeños pequeños para ser habitados por peninsulares, reducidos de espacios y épocas en donde la expectativa y el resultado se aproximaban con aquella exactitud que tienen los españoles para gestar el barrio, la calle; veía unos bloques austeros, cúbicos, edificados para gente que debe mirar por su honra, vacíos los pequeños pasajes que los separaban; dominaba en la escena urbana el gris marrón, así como en Hortaleza, ese barrio pudoroso y clerical y gris de la Madrid del siglo pasado; pensaba mientras caminaba, aún protegido por la sombra de los vetustos edificios apretados unos contra otros, en aquéllos bodegueros que compraron la cara tierra urbana con el centavito del comercio ínfimo: media arroba de azúcar, dos plátanos, mañana se lo pago, me lo anota, por favor; y la cliente que se iba pensando en un almuerzo frugal; si, no faltaría el arroz ni los frijoles, quizá alcance para algo más.

Seguí pensando, como los espalotes, sobre el significado de palabras mágicas el cafelito, la tapa, la cháchara..., ese fabulario madrileño que debieron algunos

abandonar para siempre. Sentí el actual silencio y el vacío en los cafés otrora famosos de la esquina avenida Monte y avenida de Bélgica; a las puertas de la Habana Vieja, en la planta alta de un recargado bloque urbano, de arquitectura de floripondio ensaya la orquesta española una fanfarria para la función vespertina, vuelven lentamente los fantasmas con sus músicas; tomé Muralla, caminé por Compostela, Sol y Cuba, esas calles tan comentadas y llegué al Gran Edificio, estoy en casa. Me recibió León, sonriente, a la hora que era; lo había salvado.

## Atares<sup>2</sup>, el Ave Fénix y el Avestruz

Desde la parte más alta del barrio se ve el Capitolio. La calle baja varios metros hacia el norte, donde hace unos cien años desembocaban los arroyos en la Bahía, en la región de los manglares que bañaban las Ensenadas. Hoy todo eso ha desaparecido y la ininterrumpida actividad humana ha producido un barrio. Hace calor, como siempre, y las gentes caminan con lentitud, el ritmo tropical, que tiene de indolencia, de voluptuosidad y de narcisismo.

No son muchos los peatones y van por el medio de la calle, pues las aceras son muy angostas y porque casi no hay autos. Si algún vehículo pasa, la gente se hace al lado, sin molestarle mutuamente, a veces haciendo alguna observación o broma. Tengo la sensación de que la gente es silenciosa, algún grito quizá de una mujer llamando a alguien, o dialogando a treinta metros de distancia con alguna amiga.

Los hombres que a esa hora del día —medía mañana— están caminando parsimoniosamente por las calles son de todas las edades, gente que se encuentra para cambiar dos palabras en la puerta de alguna casa, jóvenes que se buscan y comentan con intensidad experiencias. Las calles interiores son todas pavimentadas, el pavimento está sano, se puede caminar tranquilo. Pero las casas están muy arruinadas. Muchas son de hace cien años —sesenta— desde antes, y cuando las que las habitaban se fueron —pequeños comerciantes, profesionales, empleados públicos, jornaleros, obreros de profesión, gente de mala vida, amas de casa, parteras, costureras, lavanderas, maestras, santeras, obreras del tabaco, señoritas casaderas, negritas y negritos para hacer mandados, niñas lánguidas y muchachos alborotadores, —y se cambiaron por otros o los viejos y las viejas que se quedaron las casas las siguieron arruinando.

Todos veían y oían como las paredes se iban agrietando, se iban venciendo las vigas, corroyéndose las partes de hierro, carcomiéndose los enmaderados, desconchándose los azulejos murcianos que habían traído los españoles comerciantes, austeros, exigentes, laboriosos y aparatosamente racistas, pues en realidad les ocupaba muchas de sus siestas un pensamiento hacia la bella negra o mulatica que estaba en la cocina, ocupaba con sus peroles preparando afrodisiacos platos, pesados, imposibles en ese clima pero imprescindibles para poder hacer bien el amor. Las casas ahora están cerradas. La gente no quiere que se vean sus

interiores. Aun cuando hay alguna ventana abierta, la luz de afuera encandila y no se puede penetrar en la profunda penumbra. Además, solo los que no son de ahí han querido mirar para adentro de alguna cosa; van de una casa que conocen —quizá la suya propia— a otro lugar que suponen cómo puede ser. Pero no andan mirando en las ventanas de los vecinos. Es el pudor del barrio.

Hoy es difícil imaginarse cómo fue antes. Quiero decir, es difícil para los jóvenes que no vivieron aquellos tiempos. Los viejos cuentan siempre historias de viejos. Y mienten, fantasean o se equivocan. Eso no le interesa a los jóvenes. La comunicación, para ellos está en otro mundo, en la televisión. El avestruz mete ahí su cabeza y consume, sueña, y se queda aletargado. No puede convertir esas imágenes ajenas en todo lo que quisiera. No tiene nada para crear a partir de ese espejismo.

La conversación es elemental, apremiada por lo que necesita el caldero, por tapar agujeros en el techo, por pelear contra las alimañas caseras; o es hiperbólica, es la interpretación arbitraria de los spots televisivos. La poderosa gente de los estudios juega con la población. El disfrute de ese poder no necesita más que la seguridad institucional de su sacerdocio. En tanto taumaturgos pueden actuar así porque ignoran conscientemente el efecto de sus manipulaciones. Se satisfacen en recrear un código eminentemente críptico, de logia, popular por los ingredientes de demagogia y retórica, simplificando hasta alcanzar la perfección kitsch de un chauvinismo necesario para tener y alimentar la ilusión del ave fénix. No podría cambiar una realidad, pero sí ofrecer un aspecto de esa realidad en la fascinación de llegar al otro lado del mundo con sólo apretar un botón.

El resto que puede quedar para la vida está dirigido por unas voces que dan órdenes, recomendaciones, consejos, reparten tareas, materiales y víveres. Ese hormigueo amortiguado en las calles está marcado, programado. El lugar para la fantasía, o quizá un pequeño robo, o un casamiento, o fiesta carabalí, o un parto, dolor de muelas, alguna copulación intrasferible, un muerto el lento desfile de la cola para todas y cada una de las cosas.

El momento de la lectura, o quizá de la meditación, el temor al peligro, el sentirse acechado, o la necesidad de salir de la propia piel y viajar hacia la utopía, “lo real maravilloso” se conjugan con la seguridad de la belleza o de la fealdad, de la juventud o de la vejez, de la salud o de la enfermedad. Y las miradas lánguidas, lejanas, pacientes de los que no necesitan esperar lo que no vuelve o que no va a llegar, hace a las gentes expertas en un ritual con variaciones microscópicas, donde ha desaparecido el canibalismo de antes, pero está abierto como un gran bostezo el megáfono del Estado.

### **Recuerdo<sup>3</sup>:**

“Después que dejé pasar el tranvía ruidoso y alegre, el vagón de adelante lleno de gente apretujada, el atrás repleto de fruta que dos fornidos morenos

cuidaban de los pequeños rapaces durante el traqueteo por la odiosa avenida, después de ese cruce a la otra acera y me metí por un hueco en la tapia al terreno del ferrocarril.

Había un sendero entre los fierros y los rieles, que los obreros habían marcado hacia los baños. Allí me dirigí a encontrarme con una muchacha que me esperaba escondida. Pudimos hacer el amor rápido sin que me viniera ningún guarda y luego ella se fue corriendo por la parte de la estación. Yo me volví tranquilo, cerrándome la braqueta, por donde había venido.

Pasé otra vez por el agujero de la tapia, crucé la fea avenida y me fui a la bodega, donde el gallego me dió un coscorrón y me preguntó a los gritos qué coños había estado haciendo y dónde me había metido. El coscorrón no me dolió por que tengo un montón de pelo, ensortijado, acaracolado.

Para vengarme y sin que se diera cuenta le robé un pedazo de chorizo, porque después de hacer el amor el muchacho de quince años como era yo, flaco y alto, siempre tuve hambre.

A veces me tocaba ver como los guardas del vagón abierto de hostalizas le tiraban una patada a algún chaval que se había robado un mango. Si se caía a la calle desde el tranvía, el muchacho se podía golpear fiero, pero siempre se levantaba con el mango en una mano y la otra haciéndole un gesto obsceno al guarda, riéndose. Este se enojaba pero no podía bajarse del vagón. La gente que iba en el vagón de adelante se reía del pequeño robo. Claro que las personas serias no se refán. Pero los morenos como yo, nos refamos mucho. De eso me puedo acordar; y del gallego que me pagaba un peso por semana”.

## Notas

1. (Habla un hipotético bibliotecólogo alemán que realiza un trabajo de su especialidad en la Biblioteca Nacional de La Habana, donde pretende conocer a otro ser hipotético, León. El recorrido es real).
2. Llamado Atarés. Nombre que le viene por la cercanía de un castillo fortaleza de ese nombre y construido para defender la flota de guerra comercial española fondeada en el Bahía. El castillo actualmente está bajo jurisdicción militar.
3. De un viejo vecino del Barrio habanero.